AÑO LII — Viernes 26 de Enero de 1912 — Núm. 15060

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Hunt F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Ke..., 21 Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalemer Strasse, 48/49.—La correspondencia al Administrador.

Efectos de una campaña

Entre todas las campañas que llevaron á cabo los bloquistas, y que tan hondamente afectaron á la sociedad cartagenera, en sus diversos matices, durante los años de 1910 y 1911, ninguna ha causado en esta población tan perturbadores efectos ni ha tenido tan desastrosa consecuencia para su vida económica, nervio de toda la vida social, como la que se tituló *«La Política y los Bancos»*.

Todas las otras campañas, las del Alcantarillado y las de la Caja Municipal y las del Gas y las emprendidas contra personas políticas, fueron lamentables, dignas de execración y vituperio. Atacaban los intereses, respetables sí, pero particulares, de un Contratista ó de una Sociedad, y afectaban á la vida pública y privada de personas que, por mezquinas venganzas, eran víctimas de procaces maldicientes; pero en todas esas inicuas campañas, quedaba siempre al atacado el derecho de defensa y la ley le proporcionaba medios para no ser atropellado ó para vindicar las ofensas y agravios recibidos.

Pero con la de *La Política y los Bancos*, nó; con esta, se atacó el crédito en general, se sembraron sospechas é insidias, se hicieron falsas declaraciones, se combatió en forma violenta á dignísimas personas que, puestas al frente de importantes entidades bancarias, habían demostrado durante muchos años su amplio criterio para regular las relaciones entre el comercio y la industria y los establecimientos de crédito que ellas dirigían, y llegaron en su locura, hasta pretender derruir lo que en su ruina arrastraría consigo á toda Cartagena.

Persiguiendo solo un fin utilitario, el medro personal, escupieron al cielo y hoy les cae la saliva en la cara, á aquellos mismos que abierta ó encubiertamente, hicieron esa campaña que está produciendo en Cartagena tan hondo malestar, que en todas partes se refleja, que es objeto de todas las conversaciones y que desgraciadamente, ha producido y producirá males, sin cuento.

Pero no es, lo triste que á esos que hicieron la ruin campaña, que la amparan, ó que la aplaudieron, les afecten las consecuencias de su obra; el que comete una mala acción debe pagarla, ó por imbécil ó por malvado; lo triste es que todos en general, comercio, industria, particulares, cuantos necesitan utilizar el crédito, ven cerradas las puertas que antes estaban abiertas; y es que en la cadena sin fin de las operaciones de crédito, se rompió el eslabón que significaba la confianza, y desde el más alto al más bajo, desde el rico banquero, al modesto comerciante, todos sufren las consecuencias de la maldad de unos cuantos que estúpidamente, criminalmente, atacaron el bienestar de todos.

Ahora se lamentan los que entonces jaleaban; ahora van de puerta en puerta mendigando un poco de crédito, los mismos que, con fines poco nobles, hicieron por derrocar instituciones respetables; ahora van besando, con hipócrita humildad, las mismas manos que en su soberbia trataron de clavar en la picota pública con sus injurias y sus calumnias. Nó; no es para éstos para los que nosotros alzamos nuestra modesta voz pidiendo clemencia: *quien tal hizo, que tal pague*.

Nosotros, ante la crítica situación que atraviesa el comercio y la industria, ante la dificultad cada vez más creciente de las transacciones comerciales y operaciones de crédito, ante el pavoroso fantasma que se cierne sobre la vida económica de Cartagena, y que puede llegar á producir verdaderas hecatombes suplicamos á los que puedan remediar este malestar, que auxilien cariñosamente á los que, como ellos, fueron y son víctimas de aquella nefasta campaña; que á los que soliciten su apoyo, sin haberse sumado á aquellos difamadores, se lo presten, con amplitud de criterio, y que no miden con el mismo rasero, á unos y á otros, á verdugos y víctimas, á los *valientes* autores, cómplices ó encubridores de la campaña *La Política y los Bancos* y á los que siempre abominaron de esas malhadadas campañas *altruistas*.

De Barcelona

Madrid 26-9 m.

La comisión ejecutiva que proyecta manifestación contra la pena de muerte, se reunirá el domingo.

Las entidades radicales organizan una propaganda abolicionista.

Un desconocido empujó á una joven hermosa, arrojándola al mar.

Los boteros la sacaron en seguida.

[illegible] el [illegible]

[illegible] sido [illegible]

La Diputación ha aprobado una proposición solicitando el indulto de los condenados por delito de prensa.

Hora Santa

En la Iglesia parroquial Castrense de Santo Domingo, se ha celebrado esta mañana, de diez á once, la Hora Santa en sufragio del alma de la virtuosa señora doña Angeles Pérez Dogio, esposa que fué en vida de nuestro querido amigo el Contador de Navío de primera don Agustín Meseguer.

La amplia nave del Templo estaba completamente llena de fieles que allí fueron para elevar sus preces en sufragio de la finada.

A su afligido esposo y demás familia reiteramos la espresión de nuestro sentimiento.

Los débiles

ANVERSO

—¿Qué le pasa á Vd., D. Cleto?
—¡Que apenas como, Ramón!
y si como, no digiero,
y si digiero es peor,
No me nutro lo bastante,
y es tal mi desnutrición,
que me flaquean las piernas
y tengo un hambre feroz.
Sufro una anemia terrible!
—No se apure Vd señor,
que la mitad de sus males,
los cinco ó seis primeros.
—Si me vieras la panza.
En el puro hueso estoy.
—Va mejorando Vd mucho.
—Me han recomendado el sol,
los cines á primer hora,
el paseo y distracción.
—Eso es neurastenia pura.
Al juego de bolas voy
y después á la alameda,
y más tarde iré al football.
—Que Vd. se alivie D. Cleto!
—Dios le lo pague, Ramón.

II

REVERSO

—Ay ¡Milagros de mi vida!
—Ay ¡Cletito ¿cómo estás?
—Cada día estoy más sordo,
más viejo y más carcamal.
—Y cada día me gustas,
por lo bribón, mucho más.
—Los amigos y parientes,
al ver mi debilidad,
me dicen con desaliento:
"Márchate á San Sebastián,
á Santander ó á Biarritz,
y de fijo curarás."
Y yo triste, les contesto:
"No tiene cura mi mal."
De Dios me venga el remedio,
¡Y de Dios no me vendrá!
Ay! Milagros, tú me matas,
tú me matas sin piedad.
—Yo que soy tan *milagrosa*,
te he de, por fuerza, sanar.
—Son tus milagros, Milagros,
milagrosos por demás.
—No te burles de mis mimos,
yo soy más buena que el pan.
—Tú eres mi pan de *regalo*,
No te puedo embelesar
sin hacerte algún obsequio.
—Ay! qué fino es mi galán!
—¿No eres tú mi medicina?
¿No soy yo tu enfermedad?
—¡Viva el rumbo de mi abuelo!
¡Viva tu gracia y tu sal!

MURALLA

¡Cuantos artículos [illegible]
como el amigo D. Cleto!
Y ¡cuantas Milagros hay
que hacen milagros sin cuento!

Amadeo.

Decretos de Estado

Madrid 26-9 m.

El ministro de Estado ha puesto á la firma del rey los siguientes decretos.

Jubilando al cónsul de Gibraltar, Zugasti, y nombrando para sustituirle á D. Francisco Martí.

Destinando á la legación de Bogotá, de segundo secretario al conde de Monsetrat.

Trasladando á Río Janeiro, con igual categoría á Alcalá Galiano.

MAURA ES IMPOSIBLE

La sesión de hoy.

Lectores, permitidme una trascendental confidencia, que quiero haceros, en un momento de sinceridad que ha pasado por mi espíritu. Dejadme que os descubra un rincón de mi conciencia que llevo oculto para poder vivir tranquilo en la dulce paz de la inercia.

Lectores, escuchad mi confesión en voz baja: soy político, no político de partido con periódico y circo, sino político pequeño, un político modesto, partidario de una política tranquila, sin apasionamientos, ni gritos vanos, un político para andar por casa.

Estas horas de la política, estas crisis, estos barullos de momento llenos de esperanzas, de ilusiones y de pesimismos, constituyen para mí un placer y, sobre todo y por encima de todo, me gusta escuchar y aprender. Voy á contaros mi día político.

***

Tengo la costumbre, la inveterada costumbre, de afeitarme los jueves y los domingos. Esta mañana, la mañana de la noticia de los temores de crisis, he entrado en mi barbería preocupado y sombrío. Mi barbero es mi amigo y tengo en gran estima sus altas dotes de ilustración y él no ignora que cuento con el don de sus admiradores más profundos.

Disfruta mi barbero una gran ilustración y sabe entre otras cosas que la causa de que Alemania venciera á Francia fué la Escuela. Conoce los episodios del Cantar y recita párrafos enteros de memoria de los discursos de Lerroux. En literatura conoce el Juan José de Dicenta y el Conde de Montecristo y en músicas domina el divino arte de Mozart y en sus ratos de ocio ha compuesto una linda polka, pegajosa y movida, que suena á gloria en las cuerdas de su bandurria. Tiene la polka modestamente ¡Libertad!

Mi amigo ha enjabonado cuidadosamente mi cara, ha empuñado la navaja, ligero y servicial ha empezado á pasarla y repasarla por la palma de su mano izquierda, después se ha dirigido á mí y plantándose delante con la navaja abierta ha dicho: quiero usted tenerme alguna M., que Maura caiga? Ya sabe usted nada mañana, quizás se habilita, quizás hacemos elecciones.

Eso digo yo, ha replicado el maestro, y después ha pronunciado un discurso admirable que yo he escuchado con gusto, á pesar de que ya iba á picarme de un modo inaguantable.

El sigue perorando, yo afirmo al final de cada párrafo, la navaja centellea en su mano cuando acaba, y por último ha dicho, después de un período grandilocuente: «¿Liberales? Maura no es posible». No, y cien veces no. El también sigue pintando el desastre gradual en mi cara. Ha habido un momento de silencio y después ha empezado á pasearme con energía dolorosa.

***

He salido después á la calle dispuesto á comprar unos puños postizos y unos cuellos bajos y después de meditarlo detenidamente me he dirigido á la tienda de don Damián. La tienda se llena en la hora de la misa de á una Colmena. Los dependientes suben y bajan por escaleras cortas alcanzando paquetes de la anaquelería otro, mide una cinta con una vara de madera, otro, regatea sonriendo galantemente á las parroquianas jóvenes; otro, hace un artístico lazo de corbata sobre su mano para enseñar los secretos de la moda á un parroquiano torpe y en el centro de la tienda don Damián, apoyado sobre el escritorio, leyendo la prensa mira, de cuando en cuando, el rudo trabajar de los demás. Su espíritu perspicaz ese en todo lo ve, ve por encima de sus gafas redondas, todo lo escucha, imponente, magnífico, solo se mueve para abrir el cajón del dinero, la caja santa, donde suenan las monedas alegremente al caer...

Yo he creído inocentemente, que puesto que aquel buen señor, mi querido amigo don Damián, no tenía nada de provecho, era posible dirigirse á él. Don Damián, he dicho, yo deseaba puños postizos y cuellos bajos... Don Damián me ha respondido, llamando: niño, ha dicho con voz fuerte, este señor necesita cuellos y puños; y mientras el rudo busca y termina de despachar á una señora, don Damián ha disertado con entusiasmo sobre la crisis, sobre política general... ¿Con que

cos hubiera escondido ó quemado su hacienda, ó parte de ella.—Podían quedar en España los niños menores de cuatro años *si los padres de aquellos lo consentían*.—También podrían quedarse los menores de siete *con su madre, si ésta era cristiana vieja*; pero siendo excusado el padre, si era cristiano nuevo, ó morisco.—Podían los que quisieran, pasar á otros reinos, pero sin atravesar por España. Fuera de los que estos prefiriesen, habrían de ser *todos* transportados en naves españolas á Berbería. (1)

«Publicado el atroz y riguroso bando comenzó á ser puesto en ejecución. Nombráronse por el gobierno los comisarios ejecutores para el embarque, y desde luego se presentaron centenares de familias, que sin oponer la menor dificultad, se embarcaron, lo mismo en el Grao que en Alicante, en Denia que en Vinaroz.

«En los caminos no dejaron de asaltar á algunos para despojarles; porque cierta clase de gentes no respetan ni la desgracia en tratándose de

(1) De intento hemos subrayado una parte del extracto de aquel bando, para llamar la atención de los lectores sobre la manera de gobernar de aquellos tiempos. Omitimos toda clase de comentarios.

zaron por coger á todo cristiano viejo que encontraban solo y sacrificarle bárbaramente. Reunidos en bandadas entraban en los pueblos pequeños y se ensañaban ferozmente contra los sacerdotes, destruyendo iglesias y destrozando las sagradas imágenes.

«Cuando estuvieron reunidos en gran número escogieron un rey. Fué elegido un moro natural de Casadar, parroquia cerca á la de Llombay, llamado Turigi. Proclamado con grande estrépito en la plaza de Cortes, fué jurado por todos sus principales vasallos y comenzó á dictar sus disposiciones.

«Resistieron los insurrectos algunos meses, haciendo cuantos daños podían y procurando ponerse en combinación con los moriscos de otras provincias de España y aún con los de Africa y tanto incremento llegó á tomar el fuego de la insurrección, que los antiguos recordaban los sucesos de la Alpujarra y comparaban con los de aquellos moriscos la moderna insurrección.

«Reunióse contra los insurrectos el ejército de Nápoles con el de Lombardía y la milicia del país al mando de Don Agustín de Mejía, Don Sancho de Lara y el conde de Castellá, jefes y soldados hicieron verdaderas proezas, y después de algunos meses de una guerra sangrienta y de lucha desesperada, en la que cometían después todo género de excesos ambas milicias de los despojados.

«Uno de los patronos que fueron autores de tan negros y horribles delitos se llamaba Juan Bautista Riera, el cual, después de haberle cortado la mano derecha, sufrió la pena de muerte.

«Se había prohibido, de pena de embargo de una gran parte de bienes, que vendiesen sus ajuar y la hacienda, bajo el pretexto de que privaban á los respectivos señores de los bienes que según el bando debían heredar, y al mismo tiempo que se prohibía la venta se prohibía también á los cristianos el comprar, bajo pena de nulidad. Esto bastó para que nadie quisiese comprar, por manera que aquellos de los moros embargados, á quienes el destierro llegó con poco metálico, no pudieron adquirir sino por medio de la venta de cuanto era legítimamente suyo.

«Estas y otras cosas dieron pretexto á algunos moriscos, gente belicosa y siempre dispuesta por temperamento á la insurrección, para tomar las armas y reunirse en son de guerra. Hiciéronse fuertes los de la baronía de Cortes, Castellá, Val de Ayora, Guadalest y Alcalá.

«Atrincheraron la sierra de la Muela del Castillo, añadiendo fortificaciones y obstáculos á los naturales que el agreste terreno presentaba, y comen-